

La dualidad de la soledad y la conexión en *El chico de las estrellas* de Chris Pueyo

اعداد

د/ هبة محمد إبراهيم

مدرس اللغة الإسبانية وآدابها – قسم اللغة الإسبانية بكلية الألسن- جامعة المنيا

Resumen

El chico de las estrellas (2015), la primera novela de Chris Pueyo, es una novela autobiográfica en gran medida que combina narrativa y poesía para relatar la vida de un joven que enfrenta las dificultades de crecer en un entorno marcado por la inestabilidad. A través de una prosa íntima, la obra trata la tensión entre la soledad y la conexión como fuerzas opuestas, pero, contribuyen en el proceso de desarrollo y crecimiento del protagonista, Christian.

El protagonista, pasa por aislamiento emocional, aunque doloroso, se convierte en un espacio de reflexión y autodescubrimiento. Por otro lado, las relaciones significativas que establece a lo largo de la obra funcionan como puentes hacia la superación de sus heridas emocionales, presentándole el apoyo necesario para avanzar.

La obra se convierte, así, en un espejo en el que muchos jóvenes pueden verse reflejados, especialmente aquellos que han vivido la confusión, el dolor y la soledad que a menudo acompañan a la adolescencia. Por eso, esta investigación tiene como objetivo analizar cómo el aislamiento emocional, la soledad y las conexiones auténticas se entrelazan en *El chico de las estrellas* para configurar el camino de crecimiento personal del protagonista.

Palabras claves

El chico de las estrellas, La soledad, La conexión, La superación

Introducción

La experiencia humana se debate constantemente entre dos necesidades fundamentales: el anhelo de conexión con los demás y la búsqueda de autonomía individual, que a menudo nos conduce a la soledad. *El chico de las estrellas* (2015), de Chris Pueyo¹, reflexiona sobre esta dualidad con una profundidad, utilizando un estilo literario único que mezcla poesía, narrativa y autoficción.

Esta obra ha resonado profundamente entre los lectores, especialmente entre los jóvenes, por su capacidad para tratar temas universales como la soledad, la búsqueda de identidad, el rechazo social y la necesidad de conexiones auténticas. Pueyo construye un universo literario donde las emociones más humanas se entrelazan para contar una historia que es, al mismo tiempo, personal y universal.

La compleja relación entre la soledad y la conexión como fuerzas fundamentales en el autodescubrimiento y la superación del dolor es un eje principal en la obra, que narra el viaje emocional de Christian, un joven que enfrenta el aislamiento causado de un entorno familiar marcado por el desamor, el miedo y la inseguridad. Mientras que, Christian transforma su sufrimiento en creatividad, simbolizada por las estrellas que pinta en las paredes de su habitación, un acto que refleja su búsqueda de esperanza. Al mismo tiempo, las conexiones auténticas con figuras como su abuela, La Dama de Hierro, y amigos cercanos le ofrecen un refugio emocional, apoyándolo para superar los retos y sanar sus heridas, mostrando cómo estas relaciones son esenciales para su crecimiento personal.

¹ Christian Martínez Pueyo, conocido como Chris Pueyo, nacido el 24 de diciembre de 1994 en Sevilla, es un poeta y escritor español conocido en redes sociales como Peter Pan. Desde niño mostró pasión por la escritura y la música de cantautores. Antes de consolidarse como escritor, Pueyo vivió una etapa formativa en Londres, donde trabajó como dependiente en una tienda, experiencia que enriqueció su perspectiva y alimentó su creatividad. Regresó a España para estudiar Literatura General y Comparada en la Universidad Complutense de Madrid, un período clave en el que comenzó a dar forma a su carrera literaria. Publicó por primera vez una obra literaria, en este caso su *novela El Chico de las Estrellas*, mientras estaba estudiando en la universidad. Esta obra escrita con un tono poético y visceral conectó profundamente con un público joven, especialmente a través de las redes sociales, donde el autor ya tenía una presencia significativa. Chris Pueyo representa una generación de escritores que han roto las barreras tradicionales de la literatura al usar las redes sociales como vehículo para llegar a los lectores. Publicó, también, otras novelas como *La abuela* y poemarios como *Aquí dentro siempre llueve* y *Hombres a los que besé*, y *Ciudades de paso* ganando gran acogida por su estilo emotivo y cercano. El trabajo de Pueyo se caracteriza por su lenguaje poético, emocional y accesible, que mezcla prosa y verso con una honestidad cruda. Sus temas recurrentes incluyen la identidad, el amor, la familia, la aceptación personal y la lucha contra las adversidades.

Por eso, nuestro objetivo en este estudio se centra en analizar la dualidad entre soledad y conexión, dos fuerzas aparentemente opuestas, sin embargo, se complementan en la narrativa de Pueyo. Pues, la soledad no se presenta como un estado negativo en sí mismo, sino como una condición que, aunque dolorosa, puede ser transformadora. Asimismo, se destacan los esfuerzos del protagonista por establecer relaciones auténticas, ya sea a través de la amistad o la expresión artística, destacando el poder de la escritura como un puente entre su mundo interior y los lectores, transformando experiencias personales en un mensaje universal de resiliencia y autenticidad.

1- La soledad como experiencia emocional

La soledad es un tema que está presente a lo largo de la historia a través de la música, la poesía y la literatura. Sin embargo, a pesar de que es una experiencia conocida universalmente por todos los seres humanos, es difícil de definir, casi imposible de cuantificar y, muchas veces, penosa para los individuos, a quienes se les dificulta revelar abiertamente este sentimiento a otros.

Actualmente, el aumento en las tasas de soledad puede ser justificado como consecuencia de los cambios en la distribución de edad de la población, cambios en la estructura de las relaciones sociales, aumento en el número de personas que desean vivir solas, aumento de las demandas sociales que implican aislamiento, y disminución de la probabilidad de satisfacer las necesidades emocionales y sociales. Según las palabras de Carvajal-Carrascal, G., Caro-Castillo, C. V. en su artículo titulado: Soledad en la adolescencia: análisis del concepto (2009: p. 283).

Según una encuesta realizada en *Estudio sobre juventud y soledad no deseada en España* a 1.800 personas de entre 16 y 29 años en España por: El 25,5% de los jóvenes españoles de entre 16 y 29 años se sienten solos actualmente. El 69% de las personas de este mismo rango de edad se sienten solas ahora o se han sentido solas en algún momento de su vida. Tres de cada cuatro jóvenes que dicen sufrir soledad no deseada (75,8%) aseguran sentirla desde hace más de un año, y casi la mitad (45,7%) desde hace más de tres. La soledad juvenil afecta más a mujeres (31,1%) que a hombres (20,2%). Por edades, afecta en mayor medida a jóvenes de entre 22 y 27 años. Además, afecta especialmente a jóvenes en desempleo, en situación de

pobreza, a jóvenes que han sufrido acoso escolar o laboral, con mala salud física o mental, con discapacidad, origen extranjero o LGTBI. (Ruiz Villafranca, Tuñón Jiménez, Fresno García, del Río Hernández & Sonat, 2023, p. 87).

La soledad en *El chico de las estrellas* se presenta como una experiencia emocional profunda y compleja que cambia significativamente la vida del protagonista joven, Christian. Desde las primeras páginas, se establece una relación inseparable entre su identidad y su sensación de aislamiento, que va más allá de lo físico para convertirse en un estado emocional que define su relación con el mundo. Este aislamiento, crea un contraste constante entre el rico mundo interior del protagonista y la hostilidad del entorno exterior. A lo largo de su vida, el protagonista busca adaptarse a su entorno social y emocional, y cuando no se logra o cuando las relaciones interpersonales no son lo suficientemente satisfactorias nace la soledad, como vamos a ver en las siguientes páginas.

Christian crece en un entorno inestable caracterizado por constantes mudanzas y una profunda soledad emocional, el cual es descrito como frío y distante, el tiempo pasa sin significado y las emociones son reprimidas, según sus palabras: “Recuerdo haber llegado a un mundo donde las tormentas eran tristes, donde los años pasaban y los meses no gritaban su nombre, donde las habitaciones eran blancas y los sueños llegaban descalzos y despeinados a Ninguna Parte” (pp.10-11)². Este entorno familiar carente de afecto y comprensión, donde el amor y la conexión humana parecen ausentes o superficiales, lo que refuerza su sensación de aislamiento: “Era un mundo muerto donde las madres no reconocían a sus hijos, besar era un secreto, y la vida, ese terreno resbaladizo donde el odio recae sobre los que somos sin miedo” (p.11). También, el chico describe su vida marcada por la constantes desplazamientos y ausencia de un hogar fijo de residencia: “Tampoco vivió más de dos años en una misma casa, fue un emigrante eterno” (p.12), lo que refuerza la inestabilidad y la imposibilidad de establecer relaciones duraderas con amigos intensificando así su sentimiento de aislamiento emocional.

Esta falta de hogar y la ausencia de cariño cambia profundamente la percepción que el protagonista tiene de sí mismo: “No era guapo, alto, ni gracioso. Por si fuera poco,

² A partir de ahora, sólo se mencionará el número de página junto a las citas de la novela *El chico de las estrellas* de Chris Pueyo.

no tenía hogar ni clara la idea del amor” (pp.12-13), lo que refleja una profunda inseguridad y una baja autoestima, por una infancia sin referentes afectivos positivo, donde el amor fue quizás confundido con silencio, miedo o abandono.

La soledad del protagonista se intensifica de manera significativa por la ausencia de una figura materna protectora en su vida. No se trata únicamente de una ausencia física, sino de una carencia emocional y funcional, ya que, la figura materna, tradicionalmente, asociada con el refugio, el cuidado y el amor incondicional, se convierte, en su caso, en una fuente de dolor. En lugar de ofrecerle un espacio seguro para crecer, representa la indiferencia, la distancia afectiva y la incapacidad de amar. Esta amarga realidad, el propio protagonista lo expresa con sus propias palabras: “Érase un niño que cada vez que Besaba a su madre ella lo mordía. Érase una madre que nunca supo ser madre. Érase un niño sin niñez” (p. 46). Asimismo, Christian ve a su madre como un “monstruo” (p.128) una palabra fuerte que muestra cómo se sentía por dentro y cómo la percibe. Él no la vio como una madre cariñosa, sino como una figura que le causaba daño, tristeza y soledad.

Los primeros recuerdos de Christian no son de protección, sino de miedo. En lugar de encontrar seguridad en los brazos maternos, la ve sufrir, gritar, ser maltratada, y no puede hacer nada: “Mi primer recuerdo de la vida son los gritos de mi madre[...]. La zarandeaba atroz, abusando de su fuerza bruta [...] hendía dos de sus sucios dedos en su boca, abría el grifo y atragantaba su garganta con el chorro de agua” (p.36). También, esta escena donde Christian enfrenta solo sus miedos a los cuatro años, en un lugar extraño, incapaz de comprender su lo que ocurría, intensifica su sensación de abandono y sufrimiento: “Mi segundo recuerdo de la vida son tinieblas... Mi segundo recuerdo de la vida era despertarme en una cama donde no me había dormido. Tenía unos cuatro años y la estancia olía a tabaco y maltrato” (p.38).

Esta ausencia de apoyo maternal se transforma con los años a un rencor, dolor y amargura acumulada, según las palabras del protagonista: “Tenía muchísimo odio acumulado a La Mujer Que, en Vez de Respirar, Fuma. Odio que no podía traer nada bueno. Fracasos que asumir, traumas de doble fondo y ese secreto que contar” (p.63). Este sentimiento de odio refleja el rechazo del chico hacia su madre, y al mismo tiempo, la profunda soledad interior que siente, como consecuencia de una infancia marcada por la incompreensión, el abandono y la falta de refugio. Entonces, podemos

decir que esta infancia carente de refugio emocional y ternura que todo niño necesita, donde el miedo ocupa el lugar del amor, es el origen de su herida, soledad y dolor.

Hasta tal punto de que la inesperada llamada de la madre al chico cuando él estaba en Londres, a pesar de que, pone de manifiesto un anhelo de una conexión materna que nunca tuvo, refleja un aislamiento, ya que, la voz de la madre le recuerda de todo lo que faltó: “Dijo la voz de la mujer que me reventó la infancia a bofetadas. Dijo la voz de la señora que me intoxicaba con las tres cajas de tabaco que me soplaban en la cara al día” (p.279). Aunque el protagonista está físicamente lejos de su pasado, en una ciudad diferente, ha llevado consigo y no puede escapar de sus heridas. Esta soledad intensifica cuando el protagonista percibe que su madre “me abrazaba arrepentida a través del auricular” (p. 280), este abrazo imaginario, por medio del teléfono, llega demasiado tarde para llenar el vacío que dejó en su hijo. La imposibilidad de reparar esa relación queda claramente expresada cuando el narrador concluye, con resignación y tristeza: “Nunca serán madre e hijo realmente” (p.282). Ya que, desde pequeño, el protagonista desea ser mimado por su madre, pero también lo ha hecho: “Quise escuchar la voz de mi madre mimándome. Aunque fuera con dieciocho años, al menos una vez en la vida.” (p. 280). A pesar de que la madre está físicamente presente a través de la llamada, su ausencia emocional persiste debido al daño pasado. El protagonista la perdona, según sus palabras “La perdonaba, pero jamás volvería a vivir con ella” (p.281), pero elige regresar con La Dama de Hierro “la persona que siempre lo ha cuidado” (p. 262). Estas palabras, cargadas de amargura y dolor, ponen de manifiesto que la falta de cariño de su madre no fue un hecho puntual, pero una herida constante que marcó toda su infancia y adolescencia ya es demasiado tarde para completamente curado.

También, la muerte del padre ocurre en una edad tan temprana que ni siquiera conserva recuerdos de él: “Mi padre murió cuando yo era muy pequeño (tanto que no recuerdo haberlo conocido)” (p.128). Esta falta de la figura paterna causa tanto un vacío emocional, como de identidad, dejando al protagonista sin un referente esencial en su construcción personal y reforzando su sensación de soledad y desarraigo.

En *El chico de las estrellas*, la soledad no es simplemente una ausencia de compañía, pero como una profunda ruptura con su entorno, que no le entiende ni acepta. Uno

de los espacios donde esta desconexión se hace más evidente es el colegio, lugar donde Christian sufre rechazo, acoso y humillaciones constantes. En vez de ser un espacio de aprendizaje y crecimiento, se transforma en un escenario de sufrimiento diario. El propio protagonista lo expresa con claridad:

Lo que sí sé es que hay chavales que sufren rechazo al ir al instituto.
Que los
maltratan. Que los humillan. Y que la gente se queda callada. Lo que
sí sé es
que me harté de hostigamientos, de matones escolares y torturas
sistemáticas.
(p.116)

La violencia verbal, la falta de libertad para expresarse y la exclusión de su comunidad escolar empujan al protagonista a un aislamiento obligatorio. En un mundo que castiga la diferencia, ser auténtico se considera un acto de valentía con consecuencias dolorosas. Así lo expresa el propio Christian al recordar su paso por el instituto: “El instituto fue aquel terreno resbaladizo donde el odio recayó sobre aquellos que fuimos sin miedo. Sobre gordas y feos. Sobre frikis y raros” (p.90).

Mas adelante, la soledad en *El Chico de las Estrellas* evoluciona hacia una compleja mezcla de independencia obligada, nostalgia y la necesidad de mantenerse ocupado para evitar enfrentarse a sus recuerdos dolorosos. Este sentimiento nace al encontrarse en Londres, un lugar extraño, lejos de su entorno familiar. El protagonista llega allí con miedos iniciales que reflejan su inseguridad y sensación de estar fuera de lugar: “Sinceramente, El Chico de las Estrellas llegó a temer que fuera más difícil. Que no sabría manejarse con el idioma” (p. 249). Entonces, su miedo a no conocer el idioma refleja un aislamiento más amplio, donde la falta de conexiones afectivas y la barrera cultural le aíslan aún más.

La distancia geográfica de sus seres queridos profundiza la soledad del protagonista, según sus palabras: “Tanto ella como yo estábamos alejados de nuestras familias, echábamos de menos a nuestros amigos” (p.254). Esta separación física y emocional contribuye a un sentimiento de aislamiento, ya que la falta de las personas significativas de su vida, como su abuela, o sus amistades en España, le obliga a

depender de sí mismo y enfrentarse a la vida sin su apoyo: “En aquel momento podría haber esperado a cualquiera menos a ella. La Chica del Reloj de Pulsera, su Arquitecta de Sonrisas o incluso a Lady Madrid, puestos a imaginar” (pp. 278-279). Esta frase muestra que la migración, no significó simplemente adaptarse a un nuevo lugar, pero aprender a vivir sin las personas que eran un auténtico refugio.

Lo mismo se repite, otra vez, en el epílogo de la obra con la frase: “La Arquitecta de Sonrisas tuvo que marcharse por problemas económicos. [...] La Chica del Reloj de Pulsera también se ha marchado. Ella está estudiando en Bulgaria un Erasmus” (p.479). lo que refleja que estas despedidas, aunque temporales, dejan a Christian en un estado de aislamiento, ya que pierde la presencia de dos de sus amigas que le respaldan.

Otro momento que demuestra que una despedida puede doler tanto como una pérdida es la marcha de su psicóloga, La Mujer de las Velas. Su partida provoca en el protagonista un profundo aislamiento emocional, ya que pierde a una figura clave que lo había acompañado y sostenido durante su proceso de sanación. De pronto, el chico debe enfrentarse solo a la vida, sin el apoyo constante que ella representaba: “Una hermosa taquicardia me llenó de vértigos. Una mezcla entre la satisfacción de la enhorabuena y lo triste de un adiós. Vivir sin mi psicóloga a partir de ahora. Su ayuda había llegado a su fin” (pp.347-348). La carga emocional de esta separación se refleja en la mezcla de soledad y gratitud que siente el protagonista, al reconocer cuánto le ha ayudado y cuánto va a extrañar su presencia.

La Mujer de las Velas y yo nos terminamos los helados levantándonos de las sillas de su sala, despidiéndonos por última vez con un abrazo de tres mil euros que olía a “gracias”. Me acompañó de la mano hasta la puerta, y antes de que la cerrara sentí como el mundo volvía a ponerse en marcha. (p. 348)

Asimismo, la marcha de La Chica de las Arepas representa otro momento de profunda soledad para Christian. Esta chica es un verdadero refugio emocional en los momentos más difíciles que Christian vivió en Londres, le ofrecía apoyo, escucha y consuelo, ayudándolo a enfrentar la distancia y el dolor. Por eso, su ausencia deja un vacío significativo en su vida: “Se despidieron a orillas de Kambridge Terrace

una mañana de abril; desde entonces no se han vuelto a ver. [...] Hay momentos en que ha vuelto a necesitar una arepa, unos minutos, un consejo, un abrazo más.” (p.304). Aunque, el protagonista desea de volver a encontrar a La Chica de las Arepas a recuperar esa conexión perdida, pero, su anhelo choca con la distancia entre Londres y Colombia: “A veces, El Chico de las Estrellas reza por salir de su habitación y encontrar una puerta contigua a la que tocar y que se abra” (p.305).

En el mismo terreno, Puye nos presenta una faceta diferente de la soledad, destacando que la soledad no siempre es una separación física, sino que una experiencia emocional que se siente cuando los sueños y expectativas de la vida no se cumplen. Un claro ejemplo de esto se observa en la conversación entre el protagonista y La Chica del Reloj de Pulsera sobre los sueños no realizados, cuando el chico pregunta: “¿Por qué la gente no logra sus sueños?” (p.331). Esta sencilla pregunta refleja, en realidad, un sentimiento profundo de fracaso, incertidumbre y vacío interior. Al hacerle esta pregunta a alguien que, también, ha sufrido una decepción, en este caso, se muestra una soledad compartida: aunque ambos se sienten solos por dentro, al hablar sobre sus frustraciones y desencantos, se puede encontrar un mínimo consuelo y comprensión mutua del sufrimiento compartido.

En el caso del protagonista, su sueño de ser periodista representa una visión de sí mismo que ha alimentado durante mucho tiempo. Sin embargo, al aceptar que “no estudiará periodismo y su futuro será escribir de otra forma” (pp.333-334), se ve obligado a despedirse de una parte de su identidad soñada. De manera similar, La Chica del Reloj de Pulsera enfrenta su propia soledad al no poder estudiar medicina: “Siempre quiso estudiar medicina y unas décimas decidieron que su sitio estaba en hacer una carrera con un nombre tan extraño como la mía, relacionada con las ciencias del deporte” (pp.332-333).

Los sueños, como ser periodista o médico, no son solo objetivos profesionales; son proyectos de cómo el protagonista y La Chica del Reloj de Pulsera se ven a sí mismos en el mundo. Para ellos, estos sueños reflejan aspiraciones personales, deseos de superación y una búsqueda de sentido. Por eso, dejarlos atrás significa una pérdida interna, causando una pena íntima, que se vive en soledad

De nuevo, la soledad, esta vez, aparece relacionada con las responsabilidades económicas del protagonista. Esta dimensión de la soledad es especialmente significativa, ya que indica cómo la escasez económica puede aislar a una persona tanto emocional como socialmente, al obligarla a asumir responsabilidades adultas; a preocuparse por el sustento de su familia cuando aún debería enfocarse en su crecimiento personal: “la pensión de seiscientos euros de su abuela nunca fue suficiente para los dos y él sentía que debía ayudar” (p.373). Ante esta situación, el chico se da cuenta de que su abuela, La Dama de Hierro ha tenido que hacer muchos sacrificios económicos para sacarlo adelante: “le supuso una fortuna a La Dama de Hierro, por lo que El Chico de las Estrellas entendió que debía ponerse a trabajar” (p.372). Esta necesidad de ayudarla económicamente no le viene desde fuera, sino nace de su propia conciencia y gratitud a esta persona que siempre le cuida y sostiene.

Por último, la soledad en el epílogo se presenta como un sentimiento melancólico que acompaña a Christian mientras reflexiona sobre el fin de una etapa importante de su vida: la escritura de su libro. En este caso, este aislamiento no es necesariamente negativo, esta vez, aparece como una experiencia íntima y necesaria, cargada de nostalgia, despedida y cierta incertidumbre frente al futuro. Es una soledad que nace del acto de cerrar ciclos y despedirse de personas, momentos y versiones de sí mismo que ya no estarán, el narrador lo explica: “Este epílogo está siendo escrito el 10 de noviembre de 2014 a las cuatro y media de la madrugada. [...] Me siento extraño, duendecillo. Este libro está llegando a su fin, lo que significa que vamos a tener que despedirnos” (pp.474-475). La mención a la hora -en plena madrugada- y el hecho de estar escribiendo a solas subrayan que Christian se enfrenta al fin de su libro, también, a una etapa de crecimiento personal que ha compartido con el lector. Llamar “duendecillo” al lector refuerza la conexión afectiva que ha mantenido a lo largo del relato, por lo que la despedida se convierte en un acto de soledad emocional, ya que, dejar atrás a alguien con quien ha compartido sus pensamientos más profundos. En este caso, la soledad se transforma en un momento de madurez y desarrollo personal, donde el silencio y la ausencia permiten mirar hacia atrás con gratitud, aunque con un inevitable sentimiento de pérdida.

2- La soledad como espacio de crecimiento:

La soledad en sentido positivo se considera una experiencia agradable que permite recargar energías y encontrar recursos internos, ofreciendo tiempo y espacio para descansar. Skliar en su artículo *¿La literatura es una forma de soledad?* Escribe lo siguiente: “La soledad me desola; la compañía me oprime. La presencia de otra persona me desorienta los pensamientos; sueño su presencia con una distracción especial, que toda mi atención analítica no consigue definir” (2018). Esta frase describe un sentimiento de estar atrapado entre dos extremos.

En *El chico de las estrellas*, la soledad se presenta con una dualidad compleja: actúa, por un lado, como una barrera que separa al protagonista del mundo que lo rodea, y por otro, como una puerta hacia un espacio interior desde el cual puede reflexionar sobre su vida, reconstruir sus heridas, crear belleza a partir del sufrimiento y encontrar una fuente de fuerza en sí mismo. Esta soledad, aunque inicialmente aparece como un entorno hostil que castiga la diferencia, termina convirtiéndose en una herramienta de resistencia y crecimiento. De este modo, la novela no se limita a mostrar la soledad como una experiencia dolorosa, sino que también la representa como una oportunidad de crecimiento personal. Estar solo no siempre significa estar perdido; por el contrario, en muchos casos, ese silencio es el punto de partida para encontrarse verdaderamente consigo mismo, comprenderse y comenzar a construir una identidad más sólida y auténtica, como nos muestran Expósito y Moya: “La soledad voluntaria/deseada o elegida es un sentimiento positivo, que favorece y estimula la reflexión y la inspiración, y la soledad impuesta se concibe como un problema del que no se puede escapar” (2020, p. 583).

En el primer lugar, uno de los momentos más conmovedores de la historia es cuando el protagonista encuentra en la escritura una forma activa de encontrar un sentido en medio de la confusión y el aislamiento, y de conectar con su yo interior. A través de las palabras, Christian logra superar la desconexión que siente con el mundo exterior, convirtiéndola en una herramienta de poder. Así, el acto de escribir le ofrece un espacio seguro donde puede expresar sus miedos, sus heridas y sus deseos más profundos, y al mismo tiempo, una forma de reconstruir su identidad a partir de su propio relato:

Pero si hay algo que El Chico de las Estrellas aprendió a hacer fue escribir. Primero aprendió a escribir cursi. Después aprendió el verdadero arte de escribir solamente lo que hay que escribir. Y después mezcló un poco las dos cosas. Cuentos, canciones, microrrelatos... daba igual, le encantaba hacerlo. Cuando estaba contento, lo escribía. Cuando estaba triste, lo escribía. En papel encerraba la locura de los sueños que le suplicaban realidad. El Chico de las Estrellas aprendió a dibujar, dibujando. A bailar, bailando. A vivir, viviendo. Y a escribir, escribiendo. (pp.89-90)

Con el desarrollo de la trama, se hace evidente que la escritura, para el chico, es una necesidad vital y una forma de habitar su propio mundo, aunque esté llena de dolor: “El Chico de las Estrellas es escritor. Y no es el mejor, pero lo hace bien. Porque mientras los demás se limitan a intentar imaginar vidas ajenas, él escribe la suya” (p. 148). Esta cita revela que escribir, para él, no es un simple ejercicio creativo; es un acto profundamente auténtico y reparador, capaz de darle sentido a su experiencia.

La pasión del protagonista por la literatura desempeña un papel fundamental en la construcción de su identidad y en la búsqueda de sentido en su vida. Aunque no logró estudiar periodismo, encuentra en la literatura un refugio: “Nunca consiguió estudiar periodismo, pero encontró algo que lo apasionó tanto o incluso más: La literatura” (p.374). Con el tiempo, esta conexión se intensifica al descubrir que “su trabajo y sus estudios se habían puesto de acuerdo” (p.375), relacionando su trabajo en Disney con su amor por los cuentos de hadas. Así lo refleja la frase “A partir de ese momento, El Chico de las Estrellas se inundó de toda clase de cuentos de hadas, que era lo que al Chico de las Estrellas más le gustaba” (p. 289) que muestra cómo ese universo narrativo se transforma en una fuente de inspiración, consuelo y autenticidad.

Otra vez, la soledad no se presenta como un castigo, pero se considera una experiencia productiva y significativa. Aunque se trata de una vivencia dolorosa, resulta esencial para madurez y evolución. Así, perder todo -de afectos, relaciones y referencias- obliga al protagonista a enfrentarse a sí mismo. Este momento marca una ruptura saludable: el chico deja de depender emocionalmente de los demás para

buscar su identidad de forma independiente. Al confrontar su soledad, descubre otra forma de libertad y fortaleza personal que desconocía. Esto se evidencia claramente en este fragmento:

Perderlo todo le hizo aprender a estar en soledad. la soledad es importantísima. Nacemos solos y morimos solos. Y debemos aprender a usarla, a disfrutarla, a necesitarla. El chico de las estrellas lo hizo, y mira, ahí estuvo bien, me apetece decirlo. Él se había acostumbrado a la dependencia emocional que le proporcionaba lady Madrid y necesitaba “encontrarse a sí mismo”. [...] Necesitaba andar solo, viajar en transporte público solo, leer, escuchar música y escribir. (pp.224-225)

Así, Pueyo afirma con confianza que los deseos pueden cumplirse y que la superación no ocurre de forma repentina, sino que se construye poco a poco de actos más sencillos y cotidianos, mostrando que el crecimiento personal no siempre se manifiesta a través de grandes avances; a veces se construye con pequeños pasos, llenos de significado, que transforman silenciosamente la vida cotidiana. Por eso, el autor nos invita a valorar lo pequeño, lo íntimo, como una verdadera fuerza transformadora. Esta idea se expresa de forma especial cuando afirma:

El chico de las estrellas tenía razón, lo hemos conseguido. casi sin darnos cuenta hemos amontonado un acervo de cosas pequeñas del que hemos construido un capítulo mágico. porque a veces el secreto es ese, ¿te das cuenta?, porque hemos conseguido algo grande... solo con letras minúsculas. (pp.235-236)

Asimismo, esta dualidad se expresa con fuerza en la experiencia del protagonista en Londres. A pesar del profundo aislamiento que siente durante su estancia en la ciudad de la niebla, ese entorno solitario se considera un lugar singular para el desarrollo personal. En esta soledad, el chico logra conectarse consigo mismo, descubrir su voz interior y comenzar a escribir como forma de comprender y transformar su experiencia:

La Ciudad de Nieve y Piedra se estaba volviendo el refugio perfecto, podía pensar en alto (y hablar en alto, ya que nadie me entendía), centrarme en escribir, pasear por el frío, deshacerme en sus noches, reencontrarme en sus días. (p.260)

Finalmente, en el epílogo de *El Chico de las Estrellas*, la escritura del libro simboliza una conexión profunda con el proceso de transformación personal de Christian, un proceso que le permite reconciliarse con su pasado, sanar su soledad y proyectarse hacia un futuro lleno de posibilidades: “Terminar un libro es una sensación extraña. He llorado, trasnochado y aprendido muchas cosas escribiendo. *El Chico de las Estrellas*. Me he vaciado las entrañas” (p. 674). Este proceso lo conecta con sus recuerdos más dolorosos, pero también con los momentos de felicidad, permitiéndole comprenderse mejor y cerrar una etapa de su vida.

Ahora bien, podemos decir que la escritura, para Christian, representa mucho más que una actividad artística. Es su manera de narrarse a sí mismo, de transformar sus vivencias en un relato propio, y construye una versión de sí mismo más fuerte y madura. Entonces, la escritura se considera una manera de resistencia y sanación frente al dolor y el aislamiento, además, encontrar sentido a su existencia.

3- La conexión como salvación y resistencia

Frente a la soledad, la conexión en *El chico de las estrellas* aparece como una forma esencial de salvación y resistencia. A lo largo de la obra, el protagonista logra crear relaciones significativas con personas que, de una u otra forma, le ayudan a reconstruirse: su abuela, sus amigos, e incluso los lectores, con quienes mantiene un diálogo íntimo y constante. La novela, entonces, nos recuerda que, aunque la soledad sea inevitable en ciertos momentos, también existe la posibilidad de encontrar en los otros –y en uno mismo– un refugio para volver a empezar.

Más allá de las relaciones externas, la conexión más profunda que Christian establece consigo mismo. Esta conexión con su propio ser no es inmediata ni fácil, pero le da la fuerza necesaria para avanzar y superar su aislamiento: “Y así era como El Chico de las Estrellas conciliaba el sueño, se encontraba a sí mismo y empezaba de cero en una huida en que solo miró hacia delante” (pp.244-245).

Como punto de partida, el protagonista decide tomar el control de su vida y transformar su entorno, utilizando la imaginación y los sueños para encontrar luz en la oscuridad, y belleza en la monotonía. "El Chico de las Estrellas creó los tres antídotos de la supervivencia: De las tormentas tristes, respuestas. De los meses del año, instantes. Del blanco de las paredes, estrellas" (p.13). Este acto creativo refleja su manera de conectar consigo mismo y de afirmar su identidad

Mas adelante, el autor vuelve a mostrar cómo la imaginación y la infancia pueden ayudarnos a sentirnos menos solos. Pues, al mantener vivo ese niño interior que todos tenemos es importante para preservar una forma de ver el mundo con alegría, libertad y esperanza. Entonces, la imaginación se presenta como una forma poderosa que transforma el dolor en aprendizaje y las caídas en oportunidades. Como nos muestra: "Un niño es feliz y por eso siempre quiere ser un niño. Aunque crezca. Un adulto creativo siempre será el niño que ha sobrevivido. [...] El mundo debería saber que hay caídas que son volar" (pp.129-139).

Pintar su habitación representa para el protagonista mucho más que una simple renovación del espacio físico: es un acto simbólico de reconstrucción personal y de conexión profunda con su interior. La elección del color azul eléctrico y la creación de una constelación en las paredes reflejan su esperanza, su necesidad de expresarse con libertad y su capacidad de imaginar un universo propio. En conjunto, este gesto creativo subraya que el entorno puede reflejar nuestro mundo interior, y que tanto la belleza como la imaginación tienen la capacidad de sanación y reafirmación personal:

Siempre he creído que tu habitación tiene que tener el color que tendría tu alma. Cuando regresé, empecé a fabricar un mundo nuevo, perfecto y a mi medida. Pinté las nuevas paredes de mi habitación con el azul más eléctrico del mundo y creé una constelación haciendo de mis paredes, estrellas. (pp.317-318)

En el mismo terreno, el protagonista aprende a conectar con su propia identidad a través de pequeños rituales, como coleccionar tiques de transporte público en los que anota momentos significativos. Este acto más que una costumbre, es un intento consciente de encontrar sentido en su vida: "Basta con un permanente, darle la vuelta

al billete y escribir en él un momento especial. El mejor del mes. Guardarlo en una caja. Y empezar a creer en las fechas que marcan tu vida” (p.16). Esto, también, indica que el chico intenta construir su mundo personal donde los instantes felices, aunque fugaces, adquieren un valor inmenso y cada billete es un testimonio de que, pese a la soledad, existen momentos de conexión y significado.

En este sentido, el protagonista critica la superficialidad de las relaciones basadas en consejos y experiencias ajenas, rechaza la idea de vivir según las expectativas de los demás, enfatizando la importancia de vivir su propia vida y tomar sus propias decisiones: "Me cansé de adultos inteligentísimos y personas que aconsejan asquerosamente bien. Me cansé de que tuvieran razón, de ese tono de voz que les impedía convertirse en los favoritos de nuestra historia" (p.14). Este rechazo representa su deseo de construir una identidad propia.

Otro tipo de conexiones En *El Chico de las Estrellas* es la que establece el protagonista con el lector, rompiendo la barrera entre autor y lector para establecer un diálogo íntimo y personal: Al dirigirse directamente al lector, el protagonista busca ser escuchado y reconocido. “Me gusta... ¿y a ti, duendecillo? (A propósito, ¿te importa si te llamo duendecillo? Te comento. Tengo pensado romper la cuarta pared un poco, deshacerme de esa barrera imaginaria que hay entre tus ojos y estas páginas” (p.22). Y la frase en el epílogo: “Quiero que nos despedamos bien, como nos merecemos, ¿vale? Quiero saber si recuerdas algo” (p. 476). Este tipo de conexión tiene un efecto doble: por un lado, ayuda a Christian a sentirse acompañado, a no hablar solo, y, por otro lado, hace que el lector se sienta parte de la historia, como si viviera las emociones del narrador.

En este contexto, podemos decir que la escritura se considera un refugio seguro por el protagonista: ya que, al escribir, el chico expresa con palabras lo que siente por dentro y lo que le duele y transformarlo en palabras que puede leer, entender y observar desde fuera, por lo tanto, poco a poco puede superarlo y liberarse de él, según sus palabras: “Escribir fue un refugio. El principio de su autoaceptación. Y el pistoletazo de salida para aquel niño que lo había perdido todo. Escribir lo ayudó a ser él. A entenderse. Y a entender que si quería ser feliz” (p.161).

Hasta tal punto de que, el autor inventa el verbo “escrivivir” que une la vida con el arte, lo que refleja que la escritura es una forma de existir. Al escribir y al vivir en este nuevo concepto, el protagonista no sólo está expresando sus pensamientos y emociones, sino que está integrando el arte en su vida diaria: “sencillamente, empezó a hacer lo que más le gustaba: escrivivir. se drogó con charlas que mantenía consigo mismo, reflexionando sobre qué hacer con su vida” (p.226).

El ritual de escribir en los tiques de autobús, durante su estancia en Londres, aunque es descrito como “la costumbre más tonta [...] Darles voz a los meses. El segundo antídoto para la supervivencia,” (p. 271), es una forma de conexión consigo mismo, un acto creativo que le permite al protagonista documentar momentos significativos de su vida, transformando su aislamiento en una oportunidad para documentar su crecimiento personal, lo que refleja su necesidad de superar el sentido en su soledad:

La primera vez que soy libre. Londres. 2013”. Y nunca olvidará que fue en enero de 2013. De la misma forma que tampoco olvidará nunca las fechas de las cosas importantes, porque desde entonces, El Chico de las Estrellas apunta sus instantes más especiales en los tiques de autobús. Y antes de recibir una llamada desde España, miró febrero deseando fuerte que se convirtiera en otro instante precioso. (p.276).

Otra forma de buscar conexiones es el hecho de que el protagonista comience a escribir en Twitter y, más tarde, en su blog, no es simplemente un acto de moda o de seguir la corriente de otros jóvenes, sino una respuesta a su soledad emocional: “Se hizo un Twitter de la forma más normal del mundo... Y jamás... JAMÁS pensó que en Twitter lograría un nano imperio” (p.140). En las pantallas el protagonista encuentra un espacio donde su voz tiene valor y donde, por primera vez, puede expresar sus pensamientos, deseos, temores y alegrías: “Las mejores cosas pasan sin pretenderlas” (p.140). Esto refleja que las redes sociales se transforman en refugio que le permite al protagonista conectarse consigo mismo y con los demás de una manera que no puede lograr fuera de las pantallas.

El chico encuentra en las pantallas un espacio seguro, donde se siente protegido, donde, aunque al principio sus seguidores eran pocos, pronto encuentra una comunidad que le entiende, le comparte sus mismos sentimientos de aislamiento.

Esta conexión, aunque virtual; es un consuelo emocional que le ayuda a crecer y mirar el futuro con esperanza: “Descubrió que escribir lo aliviaba. Las pantallas lo ayudaron a darse cuenta de que había vida tras su pueblo [...] Donde cada noche se reunían unos cuantos duendecillos como tú y como yo a leer lo que tenía que decir” (p.141-142). Así, esta comunidad virtual demuestra el poder de las palabras y de la escritura como forma de crear relaciones reales, incluso a través de la distancia, también, representa una forma de resistencia frente al aislamiento, eligiendo un camino alternativo para conectar con los demás y no sentirse solo.

Así, podemos decir que el mundo digital juega un papel esencial en la vida del protagonista, ya que, es un acto de resistencia frente al aislamiento, también, un proceso de sanación, en el que la palabra escrita y la empatía digital construyen un nuevo hogar simbólico donde puede reconstruirse.

En *El chico de las estrellas*, el deseo de establecer conexiones significativas con otras personas constituye uno de los ejes fundamentales de la narrativa. Christian, el protagonista, vive experiencias marcadas por soledad y sufrimiento, pero al mismo tiempo, se esfuerza por encontrar relaciones auténticas que lo ayuden a sanar sus heridas emocionales y a construirse como persona.

En un primer momento, el niño busca con desesperación la presencia de su madre. A través del llanto y los gritos, trata de llamar su atención y sentirse seguro. En medio del miedo y el dolor, su madre representa el único apoyo posible, la única esperanza. Comienza llorando en silencio, susurrando su nombre, pero luego grita con fuerza, mostrando su necesidad de protección: “Primero lloraba poquito y en silencio [...] Susurrando desde debajo de la manta: “mamá...”. Y luego mucho y chillando: “¡Mamá!, mamá, que no te mate, ¡mamá, te quiero!” (p.40). Pero, desgraciadamente, el chico no encuentra consuelo en su relación con la madre, lo que acentúa su sentimiento de soledad desde una edad muy temprana.

Ante esta falta de empatía y la ausencia de una guía en la vida del protagonista, él se esfuerza constantemente por conectar con otras personas que le pueden ofrecer afecto, comprensión y estabilidad. Uno de esos vínculos significativos es su relación con su abuela, a quien el protagonista se refiere como “La Dama de Hierro”, se convierte en una figura fundamental en su vida. Ella es descrita como una persona

amable, cariñosa y serena, cuya presencia le ofrece el refugio emocional que tanto necesita. Ella es la que le apoya, le escucha, y le da el cariño que su madre nunca le ofreció:

La señora gordita de pestañas azules y voz serena. La responsable de lo que soy hoy. La que me devuelve las palabras cuando las pierdo. La de los sesenta y ocho mayos y mi abuela; La Dama de Hierro. es una figura clave que representa el refugio emocional que El Chico de las Estrellas tanto necesita. Ella es la que lo apoya, lo escucha, y le da el cariño que su madre nunca le ofreció... He decidido llamarla La Dama de Hierro por su firme oposición a las injusticias. (pp.49-53).

La abuela le acoge, cuida, entiende y le ofrece la seguridad emocional que el chico tanto necesita, según sus palabras: “La Dama de Hierro acogió en su casa blanca donde los miedos se quedan en la puerta al Chico de las Estrellas, acompañando el perchero donde cuelga su bata nada más llegar del hospital” (pp.62-63). La abuela demuestra una comprensión de las necesidades del nieto, tomando decisiones cruciales, como llevarlo a un psicólogo, algo que su madre no fue capaz de hacer: “Fue ella la que decidió que necesitaba un psicólogo tras abandonar a mi madre” (p.63). También, las palabras cariñosas de La Dama de Hierro: “yo soy todo abrazos y oídos” (p.323), cambia el miedo del chico en un momento de seguridad y refuerza su relación con la figura que él considera esencial para vivir.

La relación con su abuela es una conexión constante y sólida, a pesar de las partidas de unos amigos, como se refleja en sus palabras: “La Dama de Hierro continúa escuchando a la gente. Cuidando del Chico de las Estrellas y salvándole la vida cada vez que lo necesita. La Dama de Hierro sigue siendo inoxidable” (p.480). Su presencia constante y su amor incondicional le ofrecen al chico un refugio seguro donde puede sentirse comprendido y amado, transformando su miedo en un sentimiento de seguridad, permitiendo a Christian seguir adelante:

Los problemas económicos siguen mordiéndonos los talones. Pero hemos aprendido a vivir con ello. No importa, presiento que eso no terminará nunca, da igual, porque ella y yo hacemos un bueno equipo,

mi abuela y yo tenemos algo que muchos ricos no tienen: Magia.
(pp.480-481)

Gracias a la abuela el chico superar su soledad emocional y comience a reconstruir su identidad. Ya que, ella es la primera persona que le da la oportunidad de encontrar paz interior. como refleja su agradecimiento: “Por salvarme la vida y hacerme un hombre. Gracias por enseñarme a conservar la capacidad de alejarme de las cosas que me hacen daño” (p. 488). Por eso, El protagonista expresa la gratitud hacia su abuela y reconoce que, si alguna vez llega a ser alguien en la vida, será gracias a la influencia positiva y amorosa de ella: “Y si llego a ser alguien en esta vida, también será gracias a ella (Mi Campanilla de Hierro)” (p.129). En esta declaración el protagonista reconoce tanto la fortaleza como la ternura que ella representa, dos cualidades que han sido esenciales en su crecimiento.

También, el encuentro del protagonista con la psicóloga, a quien llama “La Mujer de las Velas” (p.30), representa un punto de crucial en su vida. Aunque al principio rechaza la terapia y se refugia en el silencio: “Extraer sus sentimientos era como hacerle una analítica a una piedra” (p.32), gradualmente se abre emocionalmente. El momento en que Christian expresa su odio hacia su madre: “Que odiaba a mi madre” (p.35), aunque dolorosa, representa un paso esencial hacia el reconocimiento y la aceptación de sus heridas.

La Mujer de las Velas simboliza el consuelo, la comprensión y la escucha verdadera. Representa la posibilidad de una conexión humana sincera, capaz de aliviar el dolor y su presencia calma al protagonista y su “voz pomada” contrasta con la agitación interna del protagonista: " Las lágrimas de El Chico de las Estrellas empezaron a estallar contra el suelo, y La Mujer de las Velas le pasó unos pañuelos. Lloro a gusto, Christian —me dijo la señora de la voz pomada" (p.71). Esta invitación al llanto, lejos de ser un signo de debilidad, es una forma de comunicación emocional, porque llorar permite que el cuerpo diga lo que las palabras no pueden. Las lágrimas son el primer lenguaje del dolor, pero también el primer paso hacia la curación. Así, la Mujer de las Velas se convierte en un puente entre su soledad y la posibilidad de construir relaciones más sanas.

Al otro lado, La Mujer de las Velas va más allá del rol tradicional de psicóloga que simplemente le dé consejos o diagnósticos, ella entra en su mundo interior del protagonista y participa activamente en su proceso de autodescubrimiento. Es una guía comprensiva y constante, y le acompaña en su evolución. Desde el momento en que La Mujer de las Velas se da cuenta de que escribir ayuda a Christian a sentirse mejor entra simbólicamente en su mundo personal. Ese mundo es “El Desván del Duende”, un lugar que Christian ha creado en redes sociales para expresarse, donde se siente comprendido y acompañado:

A la psicóloga le gustó que escribiera. Resultó ser una forma más sencilla de analizarlo, y por ello, su psicóloga se convirtió automáticamente en un duendecillo más de El Desván del Duende. En una niña perdida más en su Twitter. (p.160)

Esta conexión es especialmente significativa porque el apoyo de La Mujer de las Velas no se limita al presente, también, le ofrece una visión esperanzadora del futuro, ayudándole a reconstruir su identidad tras el dolor y las pérdidas vividas. Con palabras llenas de afecto y confianza, le recuerda lo lejos que ha llegado:

Tu vida no termina aquí, Christian. La historia no termina ahora, la historia acaba de empezar. Echa la vista atrás... Cuando te conocí no eras más que un niño que lo perdió todo. Mírate ahora: eres un hombre, Peter Pan. (p.347)

A pesar de ese entorno cruel del protagonista, tanto en su hogar como en el entorno escolar, la obra presenta una ventana de esperanza cuando aparecen los amigos verdaderos en la vida del protagonista, figuras luminosas que le ofrecen una posibilidad de sanar y superar su aislamiento. Uno de ellos es La Arquitecta de Sonrisas, quien no sólo es una amiga, sino también una figura protectora y constante apoyo para Christian.:

Es hora de levantar un dedo de una mano, querido lector: La Arquitecta de Sonrisas. Mi primer ángel [...]. La Arquitecta de Sonrisas es la persona más luchadora que he conocido. Líder y artífice de cuentos. Hada madrina y motor. Mi defensora a ultranza. [...]. Era

una de las pocas personas a las que les daba igual que su amigo imitara los modales de sus amigas. (pp.86-87)

En el mismo contexto, la relación del protagonista con La Chica del Reloj de Pulsera juega un papel esencial en su crecimiento emocional y personal. Su presencia le ofrece compañía, comprensión y apoyo en momentos de soledad, La conexión que Christian tiene con La Chica del Reloj de Pulsera mejora su vida, y le reconcilia con el mundo y le recuerda que no está completamente solo. Como bien expresa el narrador: “Y es que para que la vida sea mejor, para que las vidas sean mejores, necesitamos personas como La Chica del Reloj de Pulsera, desprendida del aplauso del final, de reconocimientos, de condecoraciones de pegatina” (p.210).

A través de pequeños gestos, como compartir respuestas de inglés, ella lo ayuda a reconstruir su identidad, brindándole un sentido de pertenencia. Podemos decir que su amistad actúa como un "salvavidas" emocional que le ofrece apoyo, comprensión y la seguridad necesaria para afrontar las dificultades de la vida. Tal como expresa el narrador: “ella me ha chivado las respuestas en inglés cada curso, me bautizó como El Chico de las Estrellas. Si hoy estoy aquí, probablemente sea también gracias a ella” (p.210-211).

También, esta dualidad aparece cuando el narrador nos subraya cómo este vacío lo llevan a hacer amistades, como la que establece con La Chica de las Arepas, que transforman su percepción del mundo y de sí mismo. Estas conexiones, aunque a menudo efímeras, tienen un impacto profundo en la personalidad del chico ofreciéndole sanación emocional, según sus palabras: “La lección que extraje de aquello fue que somos personas, y que cuando queremos entendernos... nos entendemos” (p.250).

La relación con La Chica de las Arepas se presenta como un eje central de conexión significativa en la obra. Ambos personajes, alejados de sus hogares, encuentran consuelo al compartir momentos cotidianos, como comer juntos. Estas palabras siguientes subrayan la importancia de esta relación como un refugio mutuo en el que ambos pueden separarse, aunque sea por un instante, de sus realidades dolorosas:

La Chica de las Arepas y yo creamos un vínculo emocional necesario para sobrevivir en la Ciudad de Nieve y Piedra. Tanto ella como yo estábamos alejados de nuestras familias, echábamos de menos a nuestros amigos y no recogíamos la habitación siempre que debíamos. Así que cuando uno de los dos tenía hambre (o muy pocas ganas de cocinar), picábamos a la puerta del otro y compartíamos comida. (pp.253-254)

La conexión entre el Chico de las Estrellas y La Chica de las Arepas se consolida a través de una serie de actividades compartidas que, aparentemente simples, adquieren un significado profundo al llenar el vacío emocional que ambos sienten en Londres. Como se menciona: “Se hacían compañía mutuamente, hacían la compra juntos, iban al gimnasio juntos, volvían de clase juntos por el camino de las bicicletas” (p.259). Esta relación demuestra cómo incluso los pequeños momentos pueden tener un gran impacto cuando hay comprensión y cercanía.

La conversación sobre los sueños frustrados crea una conexión entre el protagonista y La Chica del Reloj de Pulsera: “Y entonces descubrí que tenía razón, que las personas no siempre somos lo que quisimos ser, que a veces somos algo mejor” (p.333). Esta conexión alivia la soledad existencial del protagonista reafirmando su capacidad para construir un futuro significativo más allá de los sueños iniciales y los sueños no cumplidos pueden dar paso a algo mejor, usando el ejemplo de Johnny Depp, quien soñaba con ser músico, pero terminó convirtiéndose en un ícono del cine: “Yo creo que es un poco porque las personas cedemos a los sueños. El otro día leí una entrevista de Johnny Depp en la que descubrí que su sueño siempre fue ser músico, aunque ahora sea un ídolo del cine” (p.334).

Al final de la obra, en el epílogo, Christian establece una conexión esperanzadora con el futuro, llena de posibilidades. Esta visión positiva representa un importante avance en su evolución personal, pues ya no se define únicamente por las heridas del pasado o la soledad que lo acompañó durante años, sino por la capacidad de abrirse a nuevas experiencias, personas e instantes significativos. Tal como lo expresa: “Presiento que llegarán nuevos personajes, nuevas lunas a las que soplar y que un nuevo Chico de las Estrellas nacerá dentro de poco. Siento que este epílogo

es el principio del final” (p.477). Este fragmento muestra cómo la esperanza, la resiliencia y la conexión con los demás transforman la visión del protagonista, quien deja atrás la soledad para mirar al futuro con confianza. Así, la obra concluye con una afirmación de vida y de transformación; el epílogo no es un cierre definitivo, sino el inicio de una nueva etapa llena de posibilidades y luz para lograr la superación.

En cuanto a la superación en *El Chico de las Estrellas* se refleja en la evolución emocional y personal del protagonista a lo largo de su viaje. Al regresar de Londres con una nueva perspectiva, el chico no es la misma persona que se había ido. Esta transformación está simbolizada por su afirmación: “Así que nunca volvió igual que se fue. Porque nunca volvemos igual que nos fuimos” (p.307). Esto destaca que el proceso de crecimiento es inevitable cuando uno se enfrenta a las experiencias y desafíos de la vida.

El chico habla de las experiencias que vivió durante su estancia en Londres, las cuales lo ayudaron a evolucionar: “voló, caminó y rio de frío. Y lloró un poco también. Que se despeinó el pelo y saltó muy alto y cayó muy hondo” (p.306), lo que refleja la vida está llena de momentos de alegría y sufrimiento, pero cada uno de ellos contribuye a su crecimiento.

Este viaje hacia la sanación le da la fuerza para regresar a España no como una víctima de su pasado, sino como alguien que ha enfrentado su dolor, ha creado nuevas conexiones y ha encontrado en ellas el apoyo necesario para reconstruirse emocionalmente. La superación se da a través del proceso de sanar sus heridas, aprender de sus experiencias y aceptar que el cambio es posible, lo cual le permite tener una nueva visión de sí mismo y del mundo que lo rodea.

Otro ejemplo evidente de superación en la obra se presenta en el acto simbólico, lejos de ser un simple gesto, representa un proceso interno complejo en el que Christian intenta soltar el peso de su pasado para encontrar un poco de paz. Los recuerdos que Christian decide enfrentar y liberar, como la relación con su madre y las heridas emocionales que le dejó y los que él tiene sobre su familia y su hogar, a menudo cargados de sufrimiento: Las noches frías, El Señor del Bigote y la madre que no tuvo. Los insultos, las miradas y el constante rechazo a ir al colegio” (p.242),

o “Las palizas, los escalofríos y el sudor. [...] Se venden...Y poco a poco, El Chico de las Estrellas hizo del olvido un pacto” (p.244).

Al transformar estos recuerdos en objetos que puede vender, el protagonista simboliza su deseo de liberarse de ese sufrimiento acumulado. Así, este acto se convierte en una forma de enfrentar su dolor, aliviar su aislamiento emocional y dar los primeros pasos hacia la sanación y la reconstrucción personal.

Al fin, el protagonista no se queda presionado en el dolor ni en la soledad; se permite evolucionar, descubrir su identidad y sanar. Chris Pueyo nos muestra que el cambio, aunque a veces doloroso, es inevitable y vital para encontrar el propio lugar en el mundo. Este proceso no transforma al chico en alguien completamente diferente, sino que lo convierte en una versión más libre, más luminosa y fuerte de sí mismo. Como expresa el narrador: “Por supuesto que el chico de las estrellas cambió. Y cambió porque los cambios son necesarios, pero cambió junto a los suyos y a mejor” (p.223).

Este cambio refleja la importancia de las relaciones y las conexiones humanas, que, lejos de ser una carga, son la clave para el crecimiento personal. A través de su evolución, el protagonista aprende a aceptar su historia y a transformar su dolor en una herramienta para avanzar hacia una vida más plena. La superación en la obra no es un proceso rápido ni sencillo, pero es esencial para el chico, que finalmente entiende que los cambios son necesarios para sanar y para poder construir un futuro mejor.

Conclusiones

El análisis de *El chico de las estrellas* de Chris Pueyo permite comprender cómo la soledad y la conexión no son conceptos opuestos, sino dimensiones complementarias que estructuran el viaje interior del protagonista. A través de una narrativa autoficcional cargada de simbolismo y honestidad emocional, la obra explora esta dualidad como un eje transformador.

En primer lugar, se reconoce que la soledad es un fenómeno universal vinculado a la necesidad humana de pertenecer. En la novela, esta experiencia se manifiesta de forma profunda en la vida de Christian, marcada por el abandono paterno, el maltrato materno y la ausencia de vínculos afectivos durante su infancia y adolescencia. Sin embargo, lejos de ser solo, la soledad se convierte en un espacio de introspección y crecimiento personal. El protagonista aprende a habitarla, transformándola en un refugio creativo desde la cual nace su sensibilidad artística y su identidad.

En segundo lugar, la conexión emocional con otras personas representa de forma progresiva y significativa. Aunque estas relaciones no son perfectas, le ofrecen al protagonista una vía para sanar sus heridas y reconstruirse emocionalmente.

La escritura, tanto dentro de la historia se convierte en un puente entre la soledad y la conexión. Al contar su historia, el protagonista transforma su dolor en palabras, y sus palabras en posibilidad de encuentro con el lector.

Por último, se destaca que la novela no propone eliminar la soledad, sino habitarla con dignidad y valentía, reconociendo que es parte del proceso de crecimiento emocional. Especialmente en la adolescencia -una etapa de especial sensibilidad- esta dualidad se presenta como una oportunidad para desarrollar herramientas personales, fomentar la resiliencia y abrirse a relaciones auténticas.

En definitiva, *El chico de las estrellas* ilumina con ternura y coraje un tema profundamente humano: la necesidad de ser vistos, comprendidos y amados, sin dejar a la intimidad y al silencio que también nos forman.

Bibliografía

- Carvajal-Carrascal, G., Caro-Castillo, C. V. (2009). “Soledad en la adolescencia: Análisis del concepto”. *Aquichan*, 9 (3), 281-296. Universidad de La Sabana.
- Martín, Y. P., Muñoz, M. P., Ares, D. G., Gallardo, I. F., & Costa, I. R. (2020). El cuerpo duele, y el dolor social... ¿duele también? *Atención Primaria*, 52(4), 267-272.
<https://doi.org/10.1016/j.aprim.2019.10.003> [20-3-2025]
- Pueyo, C. (2015). *El chico de las estrellas*. Editorial Planeta.
- Ruiz Villafranca, R., Tuñón Jiménez, A., Fresno García, J. M., del Río Hernández, F., & Sonat, D. (2023). *Observatorio Estatal de la Soledad No Deseada*.
www.soledades.es/sites/default/files/contenidos/Estudio%20soledad%20juvenil_V12_accesible.pdf [10-3-2025]
- Skliar, C. (2018, abril 24). ¿La literatura es una forma de soledad? *Infobae*.